

Camarada Pajarito

Prólogo

Son innumerables los acontecimientos que pueden hacer perder el juicio a un soldado raso destinado en el extranjero. Tal fue mi caso cuando combatimos en Corea, horrible campo de batalla que ya desde el primer momento que lo sobrevolamos en helicóptero se me antojó la misma sala de espera de un hospital psiquiátrico. Ahora bien, no fue la añoranza de la tierra lo que me impulsó hasta el delirio. Tampoco el agua turbia del campamento en Pyongyang, ni mucho menos la muerte de mis compañeros de batallón (Aunque sigo recordando, noche tras noche, al camarada Fíodor y su hipnótica forma de tocar el violín; también a Lev, con aquella interminable agonía que expresaba en forma de malos -muy malos- sonetos encadenados dirigidos a su prometida). Nada de eso, ni por asomo. Si el lector, simpático o indulgente, tanto da: lector, al fin y al cabo, me concede una oportunidad, una y no más, con sumo interés procederé a narrar la historia, la humilde historia de cómo la semilla de la enajenación se introdujo en mi mente para, tras florecer, transformarme en un demente despojo, tragicómica caricatura de lo que otrora pudiera considerarse un hombre.

I

Sumaba una veintena de inviernos cuando ingresé en las filas del Ejército Rojo, en gran parte debido a la euforia generalizada tras la (Amarga) victoria de la Gran Guerra Patria. Un par de años después fui destinado a Pyongyang, y desde allí, a un pequeño pueblo coreano de nombre inpronunciable, situado a unos treinta kilómetros al norte del paralelo 38°. Nos convocaron con la intención de contactar con las fuerzas locales para después armarlas y establecer un ataque conjunto, atravesar el paralelo y avanzar hacia el sur lo más deprisa que pudiéramos, rechazando las tropas de Syngman Rhee.

Ése era el plan, al menos. Nuestro helicóptero no llegó a aterrizar debido al impacto de un lanzamisiles surcoreano contra la cola del vehículo. Caída libre sobre los bosques de hoja caduca, con su posterior y lógico choque contra el suelo. Lev y Fíodor perecieron en el acto. El piloto, chino, agonizó durante un par de horas antes de cerrar los ojos entre maldiciones. Nuestro intérprete

le sobrevivió un par de minutos más, aceptando su muerte con estoicismo.

Tal vez por suerte, quizá por milagro, conseguí escapar con vida de aquel ataúd metálico en llamas. Cierta leyenda contaba que un conquistador español, un tal Cortés, prendió fuego a sus navíos para señalar a sus súbditos que la retirada no era una opción. Tal era el mensaje que el destino, el cosmos, quien fuera, me mostró al inutilizar de aquella manera mi única forma de escapar de aquel lugar. Así lo recibí, y huí cojeando de ese improvisado funeral vikingo que mis camaradas padecieron al embarcarse en una misión que bien poco tenía de heroica. Salvé unas vendas y medicamentos y un poco de desinfectante para tapar los arañazos y magulladuras que se hacían notar por todo el cuerpo y, cuando me hube alejado de aquel espectáculo, sangré y descansé como pude, desfallecido entre la maleza.

II

Los primeros días se hicieron duros, interminables, extraños sobre todo, bien por el estado casi onírico que el dolor y las pastillas me producían, bien por la profunda soledad a la que no estaba acostumbrado. Mas eso, por suerte, cambió. Buscando un riachuelo o cualquier tipo de fuente de agua para calmar mi sed sin recurrir a la cantimplora (Y acaso para lavar mi rostro y purificar con esto mis obnubilados pensamientos; sentía que había envejecido cuatro décadas desde que me perdí en el bosque y solo el agua, como manantial pretendido de la eterna juventud, era capaz de absorber mi repentina vejez) encontré, de pura casualidad, un polluelo caído del nido.

Ignoro cómo llegó ahí de la misma manera que desconozco los motivos que me impulsaron a socorrerlo, pero sentí el deber de evitar la pérdida de aquella tan frágil existencia. Había, sin duda, un poso de conmiseración en mi acto, aunque también de egoísmo: buscaba con aquel gurriato conservar la lucidez, recuperarla al menos.

Así pues, cogí al pajarito entre mis manos y busqué algo para alimentarlo. Resolví mojar un par de trocitos de galleta con algo de leche agria que saqué del helicóptero. La criaturilla reaccionó piando y comiendo torpemente, y por primera vez desde que llegué a Corea me sentí haciendo algo de utilidad. De hecho consideraba mi acción harto más provechosa que disparar a bocajarro contra

el *supuesto* enemigo surcoreano, e incluso por primera vez empecé a valorar positivamente la imagen de Stalin, sólo por haberme enviado a aquel absurdo, fruto de las más catastróficas casualidades. Consideré siempre al llamado *Padrecito de los pueblos* como el mayor enemigo del socialismo y por extensión de mi propia lucha y mi propio batallón... hasta que el gorrioncillo volvió a piarme para reclamar más alimento. El estrés post-traumático y la ardiente humedad (Que contrastaba con la carencia de agua potable en aquel infausto lugar) impedían que me viera a mí mismo en mis cabales, mas el pajarito me empujó a pensar que jamás había estado tan cuerdo como entonces, y que probablemente no volvería al estado de claridad que la compañía de aquel diminuto ave me proporcionaba.

Pasaban los días y subvivía como podía. No por mí, toda mi resistencia estaba enfocada en mantener con vida al pajarito, al que en un alarde de originalidad bauticé como *Pajarito*. Funcionaba como su figura materna, e incluso le construí un hogar, un nido hecho dentro de mi gorra con ramitas y algunas vendas que no llegué a utilizar para curarme la pierna. A cambio él escuchaba pacientemente todos los aburridos relatos y anécdotas de mi vida en Leningrado. Le hablaba de todo, desde mi amor inconfeso por Galina Matveyevna hasta mis propias interpretaciones del materialismo dialéctico, pasando por chistes de la estepa y argumentos de los últimos libros y películas que había leído. Agradecía tanto no ser interrumpido como que no se me llegara a entender, pues no tenía nada interesante que contar. No necesitaba más que un confidente, y si me comprendía o no era asunto de mínima importancia. Le contaba, asimismo, mis planes de futuro y hasta me inventaba un brillante porvenir que de antemano sabía que no podría saborear jamás. Aun así hablaba e imaginaba. *Zhukov y Pajarito, miembros de la unidad militar más singular y valiosa de la gloriosa Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, logran resistir nueve meses (¡Quién sabe si más!) perdidos en un bosque norcoreano.* Él aparecía en cada fantasía. *Zuhkov y Camarada Pajarito, Orden de Lenin por resistir a las tropas del imperialismo y al inclemente clima oriental sin perder el ánimo ni la energía.*

Algún día conocerás Leningrado, Pajarito, y también Moscú. Ya verás, Pajarito, cuando

salgamos de aquí te llevaré a la Catedral de San Basilio.

Y Pajarito no sonreía porque no era más que un gorrión, pero me miraba con curiosidad y, quién sabe, quizá hasta cariño.

III

Pajarito crecía y lo hacía con elegancia (Incluso con orgullo). Yo era cada día más rudo, más bestial, más cercano al perro que al hombre, y mi único nexo con la humanidad (Ah, la humanidad, esa noción ya casi olvidada por mí ahora que vivía fuera del horario, ahora que carecía de limitación alguna, pues el mismo concepto de civilización se diluía en ausencia de siquiera un enemigo) era el ave que dormitaba en mi gorra de recluta y se posaba en mi hombro dándome leve aspecto de pirata (Aspecto que se acentuaba gracias a mi pierna, que habría jurado, estaba rota, y era raro el día que no volvía a sangrar).

Siendo franco Pajarito no era, en absoluto, un animal hermoso. Ni un solo rasgo de su fisionomía podía considerarse mínimamente atractivo. El pico chato, el plumaje de un grisáceo contaminado y la figura enclenque y encanijada. Contaba con no pocas calvas repartidas alrededor de su cuerpo, como si tuviera tiña, y su cabecita lucía, a modo de corona, una gran costra que no terminaba de cicatrizar. Ésta se extendía desde la nuca hasta el ojo derecho, y podría asegurar que de hecho era incapaz de ver nada por aquel. Nadie consideraría disparatado que la madre lo hubiera repudiado de puro feo. Un servidor no se hallaba en mejores condiciones. Las heridas que pintaban mi piel, fruto de la caída, se asemejaban a tatuajes tribales. Al menos una de mis costillas había quebrado en el incidente, pero parecía incluso sana comparada con el estado de mi pierna, que temía que empezara a gangrenar.

Somos tal para cual, dije a Pajarito en una ocasión. El dolor que los tranquilizantes mitigaban con relativo éxito me unía a mi camarada en indescriptible comunión, que aun hoy no alcanzo a comprender del todo.

IV

Si vagué junto a Pajarito durante nueve días o nueve semanas nunca lo podré determinar. Cada hora se disfrazaba de lustro. Cada paso, de eterna caminata. Perdónese, pues, que me halle incapaz de precisar la fecha en la que fuimos capturados por un contingente surcoreano y llevados a aquel campamento de prisioneros con hedor a podredumbre y muerte seca. A causa de mi semblante andrajoso y el estado de mi pierna (Cuya flagrante y sangrante infección no hacía sino expandirse, y alcanzaba ya el tamaño de la palma de mi mano) me hallé aislado en un calabozo de madera separado del resto de reclusos.

La celda tenía acaso el tamaño de unas letrinas individuales, y la luz del sol apenas llegaba por un exiguo agujero en la parte superior. Al menos logré, en mi mal (Fatal, fatal) coreano ser encerrado junto a mi compañero (Llamarle *mascota* me denigraba a mí incluso más que a él). La violenta oscuridad trastornaba los hábitos de Pajarito, que comía a deshoras y dormía (Lo notaba, juro que lo notaba) con ansiedad. Comenzó asimismo a perder plumas, sus pequeñas plumitas grises, a un ritmo que me preocupaba sobremanera.

Fue este hecho, y no otro, el que accionó el gatillo del arma que me condujo a la insania. Mi simbiótica relación con Pajarito se vio truncada casi de repente, de forma cruel y absurda, por un grupo de militares embrutecidos que me consideraban algo así como un *demonio occidental*. La reclusión tenía importancia secundaria: Vivía por y para Pajarito, y cuando su salud se resintió yo también lo hice.

El tercer, cuarto o tal vez undécimo día me llevaron a enfermería (Si pudiera llamársele así: Se trataba de una tienda de lona con una camilla y algunos armarios con material quirúrgico y botiquines) para evaluar el estado de mi pierna (La ahora confirmada por los médicos gangrena -Vocablo que pude comprender de boca del doctor solo porque el traductor se empeñó en que aprendiéramos a entender ciertas palabras en coreano, junto a construcciones como *me rindo* o *auxilio* o *mátenme ya*- ocupaba un tercio de la extremidad). Previamente escondí a Pajarito en mi gorra, en un rincón de la diminuta jaula donde la pobre bestia se vio confinada sin haber cumplido

crimen alguno, siquiera una falta. Trajeron también a un intérprete, que prometió que salvaría mi inutilizado apéndice y mi vida si les detallaba la posición de no-sé-qué red de campamento de los maoístas.

Prometí desconocer de lo que hablaba. *Cortadme la pierna , las dos, si os place* respondí con altanería en mi lengua natal. Solo deseaba volver a mi celda, con pierna o sin ella, para alimentar a Pajarito con los restos de comida que aparté para él antes de que los coreanos me tumbaran sobre la camilla.

Mas llegué a la celda y Pajarito no estaba.

V

No era posible que hubiera escapado en mi ausencia, pues el celador bloqueó la puerta tras de mí cuando fui transportado a enfermería. Tampoco se escondía por los recovecos de la celda, pues ésta carecía de recoveco alguno. Inferí, pues, que los coreanos le secuestraron mientras me observaban la pierna.

Por la noche me sentí incapaz de conciliar el sueño. Por el día, de comer. Me mantenía tendido boca arriba en el calabozo, esperando perder la pierna y los brazos y el mismo cuello, aguardando a mi ejecución. Mas la ejecución no llegaba. Cuando la gangrena me llegó a la ingle lo supe: no era preciso gastar una mísera bala para acabar conmigo. Bastó con hacer desaparecer a Pajarito para que me dejara morir. Perdí la noción del tiempo, mis últimos restos de humanidad y, para colmo, el orgullo y la integridad. *¡Pajarito, Pajarito, Camarada Pajarito!*, Gritaba sin cesar mientras se me acababa la voz.

Una madrugada llegó el traductor, y aunque su mal ruso superaba con creces a mi precario coreano, mis plañidos por Pajarito provocaban que apenas le oyera, convirtiendo en casi ininteligibles sus propuestas. Inquirió una peligrosa obviedad. *¿Quieres salir de aquí?* Y me sentí incapaz de asentir. *Pajarito*, respondí entre sollozos infantiles. Contesté lo mismo una y otra vez hasta que desistió. Cogió irritado una ramita y la hundió en la infección de la pierna. Salió de mi jaula sin sacar la rama de la herida y volvió con un plato de comida.

Ave, cocinada dentro de una cazuela oxidada. Un ave pequeña y con aspecto insalubre. Ver a Pajarito como mi cena causó que olvidara el hondo daño de la gangrena. Permanecí humillado e indigno ante la muerte de mi confidente y, por ende, de mi futuro, de toda esperanza de escapar a Leningrado, de toda fe en mí mismo.

Me quité la improvisada estaca, ardiente en mi interior, y la clavé, furioso, repetidas veces en cada punto de aquella abyecta necrosis, a sabiendas de que mi tortura no resucitaría al camarada. Sentí que despertaba a Corea entera con mis quejumbrosos alaridos. Segundos antes de perder el conocimiento logré citar, entre susurros tartamudeantes, un fragmento de un cuentecillo de Edgar Allan Poe. *La agonía de mi alma encontró desahogo en un largo, penetrante y postrer grito de desesperación* murmuré cerrando los ojos, mas sin hallar desahogo alguno.

El descanso fue breve. Desperté sin pierna y sin Pajarito, y comprendí al fin las palabras del camarada Fíodor: *Son innumerables los acontecimientos que pueden hacer perder el juicio a un soldado raso destinado en el extranjero.*

Epílogo

Ocho días después las tropas de Kim Il-Sung llegaron al paralelo 38°. Cuando me encontraron, despojado de toda dignidad, pensaron en abandonarme a mi suerte, una vez más, en bosque. Imploré a la muerte que pusiera fin a este teatrillo. Trataba de articular palabra, no había manera de hilar un discurso organizado. *Pajarito, Pajarito*, les decía.

Pajarito, Pajarito, y me sentí incapaz de pronunciar cualquier otra cosa.

Pajarito, Pajarito, solo *Pajarito*. Una y otra vez, *Pajarito*.